

El problema histórico de los primeros *Annales* (1929-1945)

Massimo Mastrogregori*

El carácter conjetural de este ensayo es demasiado evidente para requerir justificación. En efecto, la historia de la historiografía contemporánea no ha sido escrita aún, debido a que la documentación resulta virtualmente infinita y a la complejidad de las relaciones culturales y políticas, nacionales e internacionales, que la constituyen; cierto es que contamos con monografías particulares, pero no con una visión de conjunto suficientemente sólida resultado de una profunda exploración de las fuentes.

Los *Annales* son un elemento importante de la cultura histórica contemporánea y los estudios so-

bre ellos abundan, pero, a pesar de la publicación de ciertas fuentes —recientemente se editaron las cartas de Bloch y Febvre a Pirenne, las de Bloch a Henri Berr² y la correspondencia entre Febvre y Albert Thomas—,³ tengo la impresión de que el marco general de interpretación no ha sido establecido todavía con precisión. Me limitaré, por tanto, a plantear algunos problemas preliminares que me parecen ineludibles sobre los primeros *Annales* (hasta la muerte de Bloch); y en esta tarea espero contar, tal vez, con cierta aprobación por parte de nuestros dos maestros.

Antes que nada, es necesario



IZTAPALAPA

ENERO-JUNIO DE 1995, pp. 9-22

* Director de la *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, editada en Roma, Italia (traducción del italiano de Norma de los Ríos Méndez).

aclarar lo siguiente: ¿a qué nos referimos cuando hablamos de los primeros *Annales*? La tendencia a “personificar” una revista, que es una obra múltiple, por así decirlo, es una forma de simplificar las cosas, pero no nos ayuda a comprender. ¿Dónde está la unidad del sujeto histórico que llamamos *Annales*? Tratemos de ir a lo esencial: dejemos aquí de lado todo aquello que en la creación de una obra colectiva no corresponde a sus motivaciones más profundas: por ejemplo, las colaboraciones puramente ocasionales, si bien el número de ellas en los *Annales* es reducido, o las colaboraciones de pequeña estrategia inmediata; dejemos también de lado el análisis del papel del editor Max Leclerc, que responde a una lógica en cierta medida autónoma respecto al proyecto de los *Annales*. Nos quedan tres elementos que, aunque diversos, convergen en la realización de la obra:

1. La colaboración entre los directores: éste es el elemento esencial y el más problemático según lo atestiguan las fuentes, sobre todo la correspondencia entre ambos, que se encuentra en los Archives Nationales de la Biblioteca Nacional en París y que esperamos que pronto sea publicada por Bertrand Müller.

No cabe duda de que los primeros *Annales* son el fruto, al menos durante los primeros años, de una intensa colaboración científica entre los dos directores. Concretamente, ellos redactan los proyectos editoriales (orientación y organización de la revista) y los requisitos para los colaboradores, las opiniones sobre los artículos recibidos, seguidos de una “corrección” conjunta de los textos que era fruto de

vivas discusiones. Había un gran control y ambos sabían cuál era el riesgo de elegir siempre el “justo medio” cuando se parte de posiciones distintas. Pongamos algunos ejemplos. Desde el principio es Febvre quien se pronuncia por la injerencia de los directores en la revista:

*Entre más lo pienso más me convengo de que es necesario que intervengamos personalmente en los primeros números con energía y continuidad. No demos artículos de inmediato, está claro. Pero queremos una revista animada de cierto espíritu y sólo nosotros podemos señalarlo, desde dentro. La perspectiva no resulta muy halagadora, pero... recordemos el ejemplo típico de la *Revue des Etudes Anciennes*, que nada sería sin la animación de Julian...⁴*

Durante la reflexión que sigue a la aparición de los primeros fascículos, Bloch dirige a Febvre una carta larga e importante cuyo primer capítulo se intitula “Nuestra colaboración”

*No ha habido una sola decisión, ni grande ni pequeña, que haya sido tomada sin vuestro acuerdo, y en lo tocante a la organización de los *Annales*, a lo largo de este primer año, me resultaría muy difícil distinguir expresamente aquello que viene de usted y lo que viene de mí y esto es justamente, creo yo, la esencia de una verdadera colaboración.⁵*

Y todavía en junio de 1935, Bloch afirmaba: “Los *Annales*, básicamente, somos usted y yo. No nos ruboricemos como las jovencitas al tocar el piano, ni exhibamos la falsa modestia de los candi-

datos a la 'Academia'." En torno de esta colaboración que es real y que está hecha sobre todo de discusiones y en parte de tensiones, cuyas fases históricas intentaremos señalar, surge el espíritu de los *Annales*, y no como el reflejo mítico, utilizado por Febvre contra Bloch, como instrumento de polémica: durante la discusión de diciembre de 1938 sobre la candidatura de Bloch a la dirección de la Ecole Normale Supérieure, por ejemplo, Febvre expresa que el grupo de los *Annales* se vería dañado por un ataque a Bloch, pero la referencia que hace a Georges Huismans, un alto funcionario público del entorno de Berr,⁶ muestra que los límites del grupo se extienden más allá de los *Annales*, incluyendo a la *Revue de Synthèse* y, tal vez desde el punto de vista de Febvre, a la *Encyclopédie*; todavía, en el momento de la disputa acerca de continuar publicando los *Annales* en la zona ocupada,⁷ en mayo de 1941, en su máximo esfuerzo de persuasión, Febvre escribe a su amigo:

Usted no puede decir: "mejor es acabar con los *Annales*". Los *Annales* no son sólo una revista. Es un poco de espíritu eterno que hay que salvar. Usted lo sabe tan bien como yo, puesto que ese espíritu es el suyo tanto como el mío;

y por fin en octubre de 1942 Febvre intenta disuadir a Bloch de escribir el *Métier d'historien*, porque no resultaría el fruto de una "inspiración común"⁸ y Bloch tranquiliza al amigo enviándole los lineamientos del prólogo:

Entre las ideas que me propongo sostener, más de una

me llega, sin duda alguna, directamente de usted. Respecto de muchas otras, yo no podría decidir, en buena conciencia, si son de usted, más, o de ambos. Me complace pensar que muchas veces me aprobará usted. En ocasiones me criticará y todo ello será entre nosotros un vínculo más.

Más allá de estos aspectos extremos y polémicos, la colaboración entre Bloch y Febvre está implícita en su desarrollo real, y en el funcionamiento concreto de su "Tandem"⁹ con la ayuda, tal vez, de una teoría exegética de las obras escritas en colaboración, y en diálogo continuo.

2. El segundo elemento que hay que tomar en cuenta en la elaboración de los *Annales* es el esfuerzo personal de cada uno de los directores de buscar en la revista las propias líneas originales de investigación. A primera vista este empeño es mucho mayor en Bloch que en Febvre, el cual promueve con mucho interés otros espacios culturales, diferentes de los *Annales* (la *Revue de Synthèse*, y sobre todo, la *Encyclopédie*).

3. El tercer elemento importante a considerar es la acción de algunos grupos de estudiosos que, habiendo sido requeridos inicialmente por los directores, continúan colaborando, de modo autónomo, y se apropian y difunden el espíritu de los *Annales*, del cual representan el aspecto real: un estudio "prosopográfico" de la "red de sociabilidades intelectuales" —propuesto justamente por Bernard Lepetit, en su crítica al volumen de P. Burke—¹⁰ no se ha realizado aún; pero sí podemos señalar, de manera totalmente provisional, al menos ciertos grupos de colaboradores, relativamente homogéneos.¹¹ los miembros



del Comité y los responsables de los "Bulletins critiques"¹² los funcionarios del Bureau International du Travail y de la Sociedad de las Naciones.¹³ Los colaboradores belgas del círculo de Pirenne,¹⁴ los especialistas extranjeros de historia económica, en gran parte en contacto con Bloch;¹⁵ el grupo de los geógrafos,¹⁶ los funcionarios, archivistas y eruditos locales, cuyo peso es ciertamente menor en los primeros años;¹⁷ especialistas franceses de historia económica y social, universitarios, *agregés* o profesores de liceos, comisionados en el exterior que constituyen el grupo más numeroso, que por supuesto sería susceptible de subdividirse mediante un estudio específico de los diversos ambientes.¹⁸ Por tanto, cuando hablamos de los primeros *Annales* debemos referirnos, pues, a la acción combinada de los tres elementos mencionados.

El segundo problema que quisiera plantear es el siguiente: ¿Por qué desde abril de 1921 Bloch y Febvre deciden crear una revista de historia económica y social? La creación de una revista está relacionada en gran medida con la necesidad de organizar y promover los estudios científicos; pero, ¿por qué justamente la historia económica y social? Se puede sin duda destacar ciertas circunstancias ocasionales: el relativo "vacío" internacional de la disciplina: en un primer momento, Bloch y Febvre pensaron "reemplazar la *Vierteljahrsschrift-fur-Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*";¹⁹ mas ésta, por el contrario, resurgió, quizás por el retraso específico de los franceses en estos estudios —desarrollados sobretudo en Alemania y en los países anglosajones—; es más, se pueden suponer intenciones de estrategia académica (se dijo que se trataba de llenar

el vacío dejado por los durkheimianos) y se añade que Febvre, tal como se observa en las cartas de Pirenne,²⁰ sentía la necesidad de procurarse un marco institucional “definitivo” para sus investigaciones.

Pero me parece que el motivo esencial era que Bloch y Febvre sentían intensamente la necesidad de crear algo nuevo en el terreno historiográfico; de ese modo, prevalece la idea de redefinir el propio campo historiográfico, confrontándolo simultáneamente con el presente y con la acción.

El 20 de septiembre de 1929 Bloch escribe a Febvre:

No nos extrañemos de no haber tenido éxito al primer intento. Somos, naturalmente prisioneros de nuestras costumbres y de nuestro medio. Hacer una *Revue Historique* mejor, no nos hubiese exigido mucho esfuerzo ni a uno ni a otro. En el fondo hay en esto que hemos emprendido, una pequeña revolución intelectual, a la cual resulta difícil plegar a los otros e incluso a nosotros mismos. Y una revista como la nuestra constituye forzosamente una creación continua.

El terreno que Bloch y Febvre eligieron no fue el de su propio dominio de “especialistas”; pues la misma figura del especialista no encuentra sitio en esta tentativa de redefinición de la historiografía.²¹

La cultura histórica de ambos directores, su formación política en los años del “caso Dreyfus”, los diversos elementos de su historia personal a los que se han hecho tantas referencias, son aquí simplemente materia de su propia elección. La decisión surge de la experiencia de la guerra y de la primera posguerra. Sentían la necesidad de una cultura que

fuera útil, concreta, real, que ayudara a comprender aquel difícil presente —no una cultura “teórica” como la alemana o como la de la pedagogía oficial (la cultura de la *agrégation*)— y resulta que el campo de la historia económica y social parecía hacer posible esta tarea. Y cuando en el curso de 1928 los futuros directores se dirigieron al editor Max Leclerc, éste fue rápidamente conquistado por la idea de crear una revista de información “actual”, de historia viva, y no de historiografía académica. Pero no fue fácil imprimir una dirección precisa a dichas intenciones y si el número de enero de 1929 no abre con un programa, sino con la invitación genérica a la colaboración entre las disciplinas, es porque en aquel momento, los mismos directores habrían tenido serias dificultades por proponer uno de común acuerdo.

Tengo la impresión de que los *Annales* nacieron en 1929 con un “paso forzado hacia adelante”, como hubiera dicho Bloch. Si, en efecto, la educación científica de Bloch —su currículum académico, sus intereses del momento por la historia agraria ampliamente concebida—, iba totalmente en la dirección de la historia económica y social de la revista, no puede decirse lo mismo de Febvre, el cual ciertamente tenía en relación con este propósito, fuertes intereses en la geografía, buena preparación económica y social —resultante de su consulta de los archivos para su tesis sobre el Franco Condado— pero que en el curso de los últimos años se había ocupado sobre todo de historia religiosa y de historia de las ideas, a tal punto de proyectar, al mismo tiempo y en forma paralela con los *Annales*, otra revista dedicada a la historia de las ideas. De

hecho, escribe a Thomas el 21 de septiembre de 1928:

Si yo pudiera al mismo tiempo poner en marcha la buena revista de historia de historia de las ideas que tanta falta nos hace, convenciendo a Berr de transformar de punta a cabo su *Revue de Synthèse*, podría morir con el sentimiento de haber cumplido una tarea útil. Y no pierdo la esperanza de lograrlo...²²

El elemento común entre ambos directores, en un principio, lo constituyó el propósito de renovar los estudios históricos y económico-sociales por medio de una cultura libre, viva, que no tomara en cuenta las divisiones tradicionales.

Pero el cuadro específico carecía de precisión, lo cual explica la dificultad del "despegue", que puede observarse en la correspondencia con Pirenne y la cursada entre los directores. Bloch hubiera querido que Febvre animara los *Annales* organizando un centro de investigación geográfica con una nueva concepción,²³ mientras que Febvre consideraba a Bloch "muy historiador y muy erudito", y trató desde el primer año de impulsar la sección actual y contemporánea de la revista: "Dime todo lo malo, señálame todas las fallas que encuentres en los *Annales*" le escribe Febvre a Thomas el 8 de octubre de 1929: "Hay mucho que decir, lo sé. Todavía no es la revista viva con la que sueño, mi codirector es muy historiador y muy erudito y lo he dejado hacer, tal vez un poco más de la cuenta..." Por su parte, Bloch debía luchar por evitar que Febvre descuidara demasiado la historiografía "propriadamente dicha" y los historiadores de oficio,²⁴ y, para completar el

cuadro, no hay que olvidar los profundos intereses de Febvre por la psicología histórica.²⁵

Desde la publicación de los primeros fascículos, los directores se preguntan acerca de los límites de la historia económica y social, y en cierto modo, tratan de acabar con el desorden que habían creado en las divisiones científicas tradicionales.²⁶ El 19 de septiembre de 1929 Bloch pide a Febvre algo "un poco más doctrinal... de uno de nosotros" y diez días después, Febvre, que estaba de acuerdo, gira la petición a Pirenne de un artículo metodológico acerca de los límites de la historia económica y social, que abra el año de 1930.²⁷

A decir verdad, cuando Granshof hizo la presentación, expresó ciertas reservas cuyo sentido ni Marc Bloch ni yo comprendimos del todo bien. Parecía decir que resultaba un tanto desconcertante el ver reunidos en un mismo volumen artículos como los de Glotz o... de Henri Pirenne, con otros como los de Baumont acerca de la actividad industrial en Alemania después de la última guerra o de Méquet sobre el problema de la población en la URSS. Él lo decía sobre todo pensando en que existían dos métodos, si no opuestos, al menos distintos, ya sea que se hiciera "historia" (hasta 1914) o historia contemporánea (después de 1914). Confieso que no veo dicha diferencia. El método histórico es sólo uno, ya se trate de hechos del pasado (que son por definición objeto de la historia) o de hechos de antea-yer, o de 1830, o de 1530. Los límites del problema ciertamente no son equivalentes, ni lo son las formas de solución. Pero ¿y el método? No veo realmente cómo ni por qué habría de ser diferente en esos casos disímbolos. Y si lo fuera, sería un abuso que habría

que detener. No, sobre ese punto no hay debate posible. En donde si puede encontrarse alguno es en torno a lo que debe englobar el concepto de "Historia económica". Y esto no se le escapó a usted, como tampoco a nosotros, cuando, a pesar de todo lo que se puede y se debe decir contra ese vocablo impreciso y equívoco, hemos insistido en inscribir en nuestra portada el epíteto de "social" después del de "económico" [...] no he olvidado una promesa suya, la de darnos un día una reflexión sobre la propia noción de "historia económica". ¿Puedo avanzarle que esperamos, en nuestro primer número de 1930, aprovechar la experiencia de un año para señalar y poner en práctica varias reformas, precisar mejor la orientación de la revista, revisar las rúbricas, etc.? Es un duro trabajo...

Sin embargo, ese orden y esa precisión nunca llegaron. En el editorial intitulado "*Au bout d'un an*" ("Al cabo de un año"), aparte de la presentación de ciertas modificaciones en las rúbricas, se reafirman los principios generales del primer artículo de 1929: "*A nos lecteurs*" ("A nuestros lectores"): superar la erudición, desarrollar los estudios acerca de hechos contemporáneos, ofrecer "los elementos de una cultura general" que sirva para la acción, mostrar que "la realidad es una" (y uno también el método histórico). Podemos considerar que en esta tensión entre los diversos intereses de los directores, y en su tentativa de superar las posiciones disciplinares habituales y la necesidad de diseñar un nuevo orden radica la novedad principal de los *Annales*.

Ahora bien, esta situación de incertidumbre y esta tensión hacia la novedad aportaron una contribución a la metodología historiográfica. El primer problema

que se discute en las notas críticas de los *Annales*, se refiere, en sentido lato, a la clasificación y la división en la historia.²⁸ Esto asume diversas formas: ante todo se investiga la naturaleza de las clases sociales, vale decir de la división interna de las sociedades históricas; en segundo término se vuelven a considerar los límites entre pasado y presente (la división del tiempo) y se critica el anacronismo; finalmente, se indagan las fronteras entre las ciencias y, en un plano más general, entre las actividades del "hombre" para tener acceso al concepto de "historia total" y de la unidad del saber. Al dar cuenta, por ejemplo, de la publicación de algunos trabajos de Simiand ("Curso de economía política", impartido en 1928-1929),²⁸ Lucien Febvre nota la diferencia entre las clasificaciones teóricas —como en economía política— y las históricas; y a propósito de la incierta noción de "clase social" (que Simiand remite al plano económico, luego de haber desarrollado la teoría según la cual la división de clases se deduce de la instancia dominante de la sociedad) observa que nuestra sociedad está organizada en la instancia económica, pero critica, por ejemplo, la transposición ilegítima de esta noción de clase al Medioevo; para Febvre aquella sociedad estaba de hecho constituida sobre otra u otras instancias (o niveles).³⁰ En suma, es verdad que el estudio del presente hace surgir problemas e interrogantes acerca del pasado, pero no hay necesidad de sobreponer el presente al pasado. Dado que no se ofrece una solución, Febvre plantea el problema de la clasificación en los siguientes términos: debemos criticar las clasificaciones extrínsecas, industria, agricultura, comercio, clero, nobleza, burguesía, en tanto

se considere que poseen validez universal. Las clasificaciones deben atenerse a lo real, reproducirlo; a distintas circunstancias reales corresponden pues, distintas clasificaciones: "quiero decir, adaptar a lo hechos de nuestra competencia el modo de clasificar que responda adecuadamente a las necesidades".³¹ En suma, la clasificación procede de las cosas. También Bloch en un artículo del año anterior criticaba la clasificación tradicional y extrínseca y agregaba que ese modo de dividir la realidad histórica constriñe al historiador a sobrevolar los hechos concretos específicos.³² Tanto en lo tocante a los hechos económicos y sociales concretos como a los hechos que se resuelven, por así decirlo, en actitudes psicológicas (o de carácter psicológico), la vía maestra para el que interpreta es, pues, la de la precisión filológica basada en el espíritu crítico. Inaprehensible teóricamente, el espíritu crítico consiste de hecho en confrontar cada discusión, cada teorema, cada norma, con el propio documento, es decir, en la práctica, se trata de remitir la teoría al terreno de la historia propiamente dicha. En este sentido, representa en si mismo una apertura, una disponibilidad incondicional del que interpreta. El problema planteado de las fronteras, se resuelve liberando tanto al sujeto como al objeto de estudio de todas las fronteras tradicionales y preexistentes que no encuentran una justificación adecuada en la rigurosa verificación con la experiencia. La investigación recupera de este modo su pureza, y el campo de estudio queda libre a la mirada del intérprete, que a su vez es liberado del peso de la tradición científica.³²

Uno de los resultados teóricos más interesantes de estas primeras observaciones del método histórico

relativo a las fronteras, es que en efecto no queda trazada una línea precisa entre historia y no historia. En el plano de los argumentos estudiados, por ejemplo, tanto los directores como los colaboradores de la revista consideran propios de la historia los fenómenos más diversos en su carácter, en el espacio y en el tiempo. El primer fascículo de enero de 1929 abarca casi dos mil años de historia con artículos sobre el precio del papiro en el antiguo Egipto, sobre las instrucciones de los comerciantes en el Medioevo, sobre la economía alemana de la primera posguerra y sobre la población de la URSS. De hecho, por acuerdo expreso de los directores, el interés historiográfico de la revista comprende también los acontecimientos contemporáneos que serán objeto de las *Enquetes* a partir de 1932 y llegarán a ser aún más importantes en los años de guerra.³⁴ Otro enfoque explícito e importante fue el de la historia regional y local. En la concepción de los directores, los propios *Annales* deben promover la historia local, proporcionándole el marco general necesario.³⁵

Pero es indudable que la ampliación de los intereses históricos y de la propia noción de historia, se verifica sobre todo en los planteamientos de problemas nuevos e insólitos para la tradición historiográfica: cuestiones de historia rural y estatal, de historia monetaria y de los precios, de población y colonización, de historia de la industria, de arqueología agraria, de historia de los oficios, de las casas, de la vida material, del libro y de la tipografía; problemas de iconografía económica, de historia de la técnica, del trabajo, del hierro, de los transportes, de los nombres de las personas, de los correos, de arqueo-

logía botánica, de historia de la alimentación y de la familia: todo ello abordado con cortes sociales muy precisos, y definitivamente a escala geográfica mundial. Una buena parte de los desarrollos de la historiografía social sucesiva está contenida en embrión en estas argumentaciones. Si del plano de los objetos de estudio —en el cual son considerados dignos de historia una amplísima grama de hechos, sin exclusiones rígidas—, nos trasladamos al del modo de estudiarlos, observamos con facilidad que tampoco en este aspecto la distinción entre historia y no historia se afronta de manera directa; cierto es que indirectamente se asume que el conocimiento es histórico y que se reforma planteando problemas nuevos,³⁶ que en historia no se permite la invención y que la historia se diferencia de las narraciones poéticas;³⁷ que los trabajos históricos deben ser útiles científicamente, y que, en este sentido, la erudición inútil no es historia³⁸ pero, en el fondo, la línea divisoria entre historia y no historia reside tan sólo en el espíritu crítico, vale decir, en la capacidad del intérprete de plantearse problemas históricos. La misma investigación documental³⁹ que promueven los directores desde un principio no tiende a aumentar el listado de las fuentes, sino a plantear nuevos tipos de problemas históricos, criticando nuevas series documentales y reconstruyendo su procedencia y localización. El valor metodológico innovador de esta afirmación es significativo: en la base se encuentra el principio de que “los documentos permanecen monótonos y sin vida hasta el momento en que la vara mágica de la intuición les devuelve el alma”. El historiador da vida a la historia; todo realismo es superado; todo culto del documento, anulado.⁴⁰



He querido detenerme en este problema de las clasificaciones, divisiones y periodizaciones históricas, porque me parece un buen ejemplo de la contribución común de Bloch y de Febvre. Se trata, ade-

más, de una discusión importante que enfrenta directamente los problemas difíciles del método histórico: ¿qué es la historiografía, cuál es su papel con respecto a las otras ciencias humanas? ¿Cuál es su relación con la acción? Resulta obvio que el debate sobre dichos problemas se mantiene aún abierto.

Lamento no poder abordar, por mi falta de competencia específica, la aportación metodológica de los otros elementos de los primeros *Annales* o del avance en los diversos campos historiográficos (como lo ha hecho espléndidamente Pierre Toubert en lo tocante a la historia agraria),⁴¹ o, en fin, de la eficacia de los *Annales* como centro propulsor de la historia económica y social francesa en sentido disciplinario, si bien estoy convencido en este aspecto de que la línea Simiand-Labrousse se complementa y desarrolla mayormente con Braudel, después de la guerra.

Puede resultar interesante, en cambio, referirse al camino seguido por el "tandem" de Bloch y Febvre; sendero que sigue, se entiende, al primer periodo de lanzamiento de los *Annales*. Con la elección de Febvre al Collège de France (1932), la esfera cotidiana del diálogo se vuelve más lenta, y la parte intelectual (y material) de Febvre disminuye. A partir de 1936, los directores se reencuentran en París, pero algo ha cambiado. Frente al clima político cada vez más denso, el compromiso de ambos historiadores es sutil, pero concretamente diferente. Bloch reacciona con intransigencia siempre creciente y rechaza cualquier compromiso, mientras que Febvre asume un papel diplomático y no teme al juego de la política académica. En particular, Bloch considera peligroso (y la critica abiertamente) la relación de Febvre con Anatole de Monzie. Un ejemplo eviden-

te de estos contrastes puede encontrarse en el problema de la publicación de los *Annales* en 1941. El precio para continuar publicando era evidente: con base en el estatuto legal de los judíos, el nombre de Bloch debía desaparecer de la dirección de la revista. Prevalece la línea estratégica de Febvre; y, en general, estoy de acuerdo con Olivier Dumoulin cuando afirma que en los años treinta pudo imponerse la línea "conservadora" de Febvre, dadas las condiciones históricas generales del "mercado universitario"⁴² —por ejemplo, en la elección de Collège—, mientras que la brecha hacia la innovación abierta por Bloch parece más bien cerrarse.

Un aspecto oscuro —pero altamente significativo— de la relación entre Bloch y Febvre en los años treinta es justamente la doble reseña crítica de Febvre a *La Société Féodale* (1940 y 1941). Febvre había seguido y aprobado —al menos hasta un cierto punto— la génesis del libro de Bloch como estudio de una estructura social. Pero cuando sale la primera parte él critica específicamente el marco "sociológico". En mi opinión, y en la correspondencia entre ambos historiadores, se encuentra un testimonio en este sentido:

Desde hace cerca de diez años, usted ha desarrollado una cierta animosidad contra mí —candidatura a los Hautes Etudes, contracandidatura al Collège, etc., no me acuerdo bien de todo ello—, de la que tal vez no se da usted cuenta precisa... ¿Cree usted, y se lo digo de frente, que si usted no hubiese roto prácticamente toda intimidad intelectual conmigo desde que está usted en París, cree que si me hubiese hablado más largamente sobre sus libros, aquello que no me ha gustado

en ellos —bien lo sintió usted, en sus últimos dos libros de Berr... soy incapaz de fingir—; no cree usted que hubiera valido más la pena, para usted mismo? ¡Eh, Bloch! no importan ni ese “usted” ni mi “yo”... Por lo que toca a la historia y al país, nos seguimos entendiendo siempre.⁴³

De vuelta en París en 1936 es Bloch, de hecho, quien toma distancia del amigo. La tensión que habíamos registrado en el lanzamiento de los *Annales* se hacía manifiesta, las diferencias se habían profundizado: Bloch, con su ideal de análisis histórico seguía viendo, al igual que Pirenne, una afinidad, si no una continuidad, entre los principios de la erudición (Mabillon), el progreso de la historiografía en el siglo XIX hasta Fustel de Coulanges y la “pequeña revolución intelectual” de los *Annales*. La visión de Febvre era menos penetrante en lo tocante al desenvolvimiento de la tradición historiográfica francesa (si exceptuamos su profundo interés por Michelet) y mucho más orientada a intervenir incisivamente, con su habilidad de expresión y con su capacidad inventiva, en el presente de la disciplina histórica, sobre la organización de los estudios y el saber.

Bloch funda un instituto científico de historia económica y social en la Sorbona, con Halbwachs, y Febvre por su parte una enciclopedia de concepción intelectual moderna con De Monzie. Una vez más ambos historiadores se encuentran esencialmente en la concepción del conocimiento histórico en relación con el presente y con la acción. Y si Bloch sólo podrá meditar sobre esta relación, y sobre la utilidad de la historia para la vida, eligiendo final-

mente actuar en la historia y dejando interrumpido su “oficio de historiador” (*métier d'historien*), Febvre podrá, en cambio, desarrollar la empresa de los *Annales*; pero no serían más los primeros *Annales*.

Éstos son los grandes rasgos que he dibujado, tal vez demasiado grandes para poder conformar una imagen nítida; para aprehender las diversas orientaciones y enfocar la cuestión en su conjunto sería necesario conocer mejor la obra de Febvre. Nos queda esperar el trabajo, que promete ser importante, de Marleen Wessel de la Universidad de Amsterdam. Por estas razones y por los motivos que expuse al principio, no creo que en este momento sea posible proponer una solución al problema histórico de los primeros *Annales*. Hace falta un cuadro de las relaciones entre la erudición decimonónica tardía y la cultura histórica romántica, como falta asimismo el conocimiento de los múltiples nexos entre la historiografía alemana que desde Droysen, Schmoller y Burckardt conduce a Lamprecht o a Meinecke —en el otro frente de batalla—, y la historiografía europea. Pero hace falta sobre todo una visión europea amplia de estos desarrollos. La cultura historicista, si ampliamos este término, además de Marx y Croce, a Loisy y a los *Annales*, a Pirenne y Huizinga, y a Meinecke, se consagró expresamente en la primera mitad del siglo a la búsqueda de la verdad y a la lucha contra el mito; ha tratado de enfrentar una crisis de civilización⁴² estableciendo una relación entre el conocimiento histórico y el “trabajo efectivo sobre las cosas”. Pero esta ampliación de la cultura historicista es sólo una hipótesis de trabajo y sé que sólo se ofrecen aquí algunos fragmentos de un cuadro que urge reconstruir.

NOTAS

- ¹ Cfr. B. e M. Lyon, *The Birth of Annales History. The Letters of Lucien Febvre and Marc Bloch to Henri Pirenne (1921-1935)*, Bruselas, Commission Royale d'Histoire, 1991.
- ² Cfr. M. Bloch, *Ecrire la Société Féodale. Lettres à Henri Berr 1924-1943*, París, Institut Mémoires de l'édition contemporaine, 1992.
- ³ Cfr. B. Mueller, "Problèmes contemporains" et "hommes d'action" á l'origine des *Annales*. Una correspondencia entre L. Febvre y Albert Thomas (1928-1930), en *Vingt-tième Siècle*, 1992, 3, pp. 78-91.
- ⁴ Archives Nationales (AN), Correspondencia Bloch-Febvre, carta de Febvre del 19 de septiembre de 1928 (en adelante AN, Correspondencia; véase el acuerdo de Bloch su carta del 27 de septiembre siguiente. La referencia a Jullian no está sobreestimada. Febvre lo consideraba su maestro directo (cfr. la carta a Pirenne del verano de 1933, en Lyon, *The Birth*, p. 158; en el mismo sentido véase la p. 138).
- ⁵ AN, Correspondencia, carta de Bloch del 20 de septiembre de 1929.
- ⁶ "Si Marc Bloch substituyese a Bouglé —se le haría pagar muy duramente las bajezas y la avidez de un Huismans", AN, Correspondencia, borrador de una carta de Febvre de diciembre de 1938.
- ⁷ Cfr. mi artículo en *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, 1990, 3.
- ⁸ AN, Correspondencia, carta de Febvre del 17 de octubre de 1942.
- ⁹ Para la expresión v. AN, Correspondencia, carta de Bloch del 11 de abril de 1942.
- ¹⁰ Cfr. B. Lepetit en "*Annales. Esc*", 1990, 6, M. 1490-91; Sobre el volumen de P. Burke, *Una revolución historiográfica* (Bari, 1992), cfr. *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, 1992, 1-2.
- ¹¹ He hecho una revisión sistemática hasta el último fascículo de 1939, después del cual, como dice Febvre en la pág. 353 "El equipo de los *Annales* se dispersó".
- ¹² H. Hauser, H. Pirenne, A. Piganiol, M. Halbwachs, G. Espinas, A. Renaudet, G. Bourgin, G. Le Bras; sobre el sistema de los responsable de los "bulletins critiques", que debe de haber funcionado de alguna manera, aunque no lo parezca en la correspondencia entre Bloch y Febvre v. la nota anexa a la carta de Febvre a Pirenne del 4 de diciembre de 1921, en Lyon, *The Birth*, op. cit., pp. 9-19; v. también p. 25 y pp. 31-32.
- ¹³ M. Baumont, G. Méquet, M. Eastmann, M. Colombain, W. E. Rappard, H. Fuss, O. Gorni, J. E. Aisnworth Johnstone, I. Ferenczi. Sobre el reclutamiento de estos colaboradores vinculados con Thomas v. B. Mueller, "Problèmes contemporains" cit.
- ¹⁴ G. Bigwood, P. Harsin, B. S. Chlepner, H. Van Werveke, G. G. Dept., H. Laurent, Ch. Verlinden, J. de Sturier, R. J. Lemoine, P. Rolland, R. de Roover, F. Blockmans, F. Versichelen.
- ¹⁵ A Payton Usher, E. Fossati, Z. W. Sneller, S. Aakiar, H. Hall, A. H. Tawney, W. Vogel, C. Brinkmann, V. Cerny, Cl. Sánchez Albornoz, A. Domanovski, E. Heckscher, Th. Szadeczki-Kardoss, J. Rutkowski, F. Rörig, N. S. B. Gras, A. Montgomery, J. Koulischer, M. A. Lefevre, J. Denucé, R. J. Truptil, J. H. Clapham, T. Söderberg, L. Ledermann, J. Herzog, Endre Varga, E. Szabo, A. Pleidell, S. Arnold, J. Frödin, Ch. Gilliard, G. Mickwitz, F. Borkenau, Ch. Saumagne, P. Vilar, G. Eyskens, L. Varga, A. V. Judges, G. C. Homans, K. Jelusic, K. Matsuoka, G. Luzzatto, T. H. Marshall, N. Denholm-Young, R. López, R. Koebner, C. S. Orwin, O. Lüftü, W. Mass, H. E. Pipping.
- ¹⁶ A. Demangeon, J. Sion, A. Deléage, M. Sorre, A. Allix, H. Baulig, D. Faucher, R. Musset, Th. Schlafert, Ph. Arbos, H. Labouret, P. Monbeig, A. Meynier, J. Berque.
- ¹⁷ F. Grenard, J. Levron, A. Miro, L. Mazoyer, F. Imberdis, Ch. Schmidt, E. Saussey, P. Duclaux, M. Amphoux, R. Quenedey, A. Jobert, G. La Roërie, Ch. Parain, L. Lacrocq, J. Chappay, G. Bachmann, Au. G. Haudricourt, Comte de Neufbourg, P. Gras, J. Rigault, R. Lantier, P. Manzin, F. Benoit, A. V. Jacquet.
- ¹⁸ Sólo podemos mencionar: G. Lefebvre, A. E. Sayous, H. Sée, L. Vignols, Ch. E. Perrin, P. Leuilliot, A. Tesnière, A. Pose, R. Boutrouche, A. Philip, J. Houdaille, R. Bigo,

- J. Przulski, A. Cabaton, J. Célérier, R. Ricard, Cl. Cahen, M. Blanchard, G. Haschek, R. Labry, E. F. Gautier, E. Labrousse, A. Jourdan, A. Jolivet, G. Friedmann, R. Aubenas, Y. Mayor, Ch. Dartigue, E. Bourgoüin, A. Jobert, P. Demiéville, H. Brunshwig, M. Virlogeux, R. Schnerb, G. Zeller, Vercueil, H. De Morant, M. Canard, G. H. Rivière, J. Yver, R. Besnier, H. Mougin, M. de Bouiard, G. Dumézil, F. Jabre, L. Mazoyer, G. Debien, R. Guillaud, L. Cahen, P. Descamps, E. Gutmann, E. Dennery, G. Courtillier, J. Triouillier, E. Tonnelat, V. L. Tapié, B. Auerbach, A. Koszul, A. Varagnac, P. Mazin, M. L. Jonval, Gaudefroy Demombynes, H. Corbin, Ch. Robequain, D. Wolkowitsch, G. I. Bratianu, A. Girard, M. Byé, G. Pirou, J. Gagé, R. Labry, A. Latron, M. Haguenaue, F. Braudel, M. Clerget, M. L. Sjoestedt-Jonval, M. Emerit, L. Papy, A. Lombard, Jourdan, J-G. Février, F. Imberdis, H. Lévy-Bruhl, J. Godard, P. Mollard, L. Girard, R. Lespés, Y. Renouard, Ph. Wolff; a los cuales se agregan algunos estudios afamados y algunos colaboradores ocasionales (de hecho no "especialistas" de historia económica): G. Glotz, A. Grenier, L. Massignon, A. Andreades, E. Cavaignac, E. Halévy, L. Gernet, A. Aymard, P. Abraham, P. Renouvin, D. Pasquet.
- ¹⁹ Cfr. la carta de Bloch a Pirenne del 29 de abril de 1921 y de Febvre al mismo del 4 de diciembre de 1921, en Lyon, *The Birth*, op. cit., pp. 6 y 7.
- ²⁰ Cfr. la carta de Febvre a Pirenne del 8 de septiembre de 1924, en Lyon, *The Birth*, op. cit., p. 83; en una carta del 24 de junio precedente (*ib.*, p. 80) Febvre comunica al maestro su sentimiento de aislamiento en el ambiente de Estrasburgo: "me siento solo en un medio por el que no tengo simpatías instintivas".
- ²¹ AN; Correspondencia, carta de Febvre no fechada, pero del octubre de 1929.
- ²² Cfr. B. Mueller, "Problèmes contemporains", p. 86.
- ²³ AN, Correspondencia, carta de Febvre del 30 de septiembre de 1928 y sobretodo carta de Bloch del 2 de octubre de 1928; en estas páginas del otoño de 1928 hay indicaciones de un proyecto "geográfico" de Atlas histórico de Francia dirigido por Febvre, competitivo con respecto al proyecto del Comité des Sciences Historiques.
- ²⁴ AN, Correspondencia, carta de Bloch del 11 de septiembre de 1929.
- ²⁵ AN, Correspondencia, carta de Febvre del 21 de septiembre de 1930.
- ²⁶ AN, Correspondencia, carta de Febvre del 24 de septiembre de 1929: "Se impone un encabezado con un resumen de los directores en el núm. 1 de 1930".
- ²⁷ Cfr. Lyon, *The Birth*, pp. 115-116.
- ²⁸ El problema ya había sido analizado por Febvre en el *Bulletin del Centre International de Synthèse* de 1926; en la misma sede, en 1929, Febvre diserta sobre las "generaciones".
- ²⁹ Cfr. L. Febvre, "Histoire, économie et statistique", en *Annales d'Histoire économique et sociale (AHES)*, 1930, pp. 581-590.
- ³⁰ Cfr. F. Simiand, *Cours d'Economie Politique*, dictado en 1928-1929, París, Domat Montchrestien, 1930, p. 442.
- ³¹ Cfr. L. Febvre, "Histoire", p. 584. Cfr. también M. Bloch, in *AHES*, 1930, p. 406.
- ³² Cfr. M. Bloch, "Classification et choix de faits en histoire économique: reflexions de méthode a propos de quelques ouvrages récents", en *AHES*, 1929, pp. 225-258; y también Bloch, en *AHES*, 1931, p. 436: "Desde hace varios años los problemas de clasificación no han dejado de preocupar a los historiadores de la economía... agrupar los hechos ¿no es ya de por sí interpretarlos en sí mismos y en sus relaciones?"
- ³³ Nos encontramos aquí frente a una ubicación "ligera" del papel del intérprete. Sobre otras expresiones de la "ligereza" del espíritu crítico, cfr. por ejemplo *AHES*, 1937, p. 310. Sobre Wallon que prefiere un conocimiento "que sólo sueña con la acción, el cambio la aventura —por así decirlo, el pensamiento de los alquimistas medievales oponiéndose al pensamiento de los escolásticos—..." Desde el preludeo extraburgués, en efecto, el espíritu crítico constituye la postura ideal ya sea para la ciencia o para la acción; cfr. *AHES*, 1930, pp. 420-422.
- ³⁴ Principales "Enquêtes contemporains": sobre la crisis de la banca (en Alemania y en Europa central: 1932, pp. 150-188; en Inglaterra y en Bélgica: 1932, pp. 549-572; en

- los Estados Unidos: 1933, pp. 35-66; en Suiza: 1933, pp. 244-245; en Marruecos: 1934, pp. 40-50); sobre los planes quinquenales y la colectivización en la URSS (1932, pp. 257-293; 1938, pp. 1-23); sobre el problema del oro (1932, pp. 359-367); sobre la crisis mundial del grano y la reforma agraria en España (1933, pp. 463-470 y 541-460); sobre el nazismo (génesis, problema económico, vida social), se investigó en el penúltimo fascículo de 1937, dedicado casi por completo a Alemania. La investigación sobre los archivos económicos contemporáneos a los que se quiere ordenar y anexar a la historia (*AHES*, 1930, pp. 64-66) muestra claramente un interés histórico preocupado por la futura historiografía.
- ³⁵ Cfr. M. Bloch, en *AHES*, 1933, p. 473, y 1934, pp. 179-180. Naturalmente encontramos también muchas críticas a la historia local de concepción demasiado estrecha: cfr. M. Bloch, en *AHES*, 1934, p. 512.
- ³⁶ Cfr. L. Febvre, en *AHES*, 1935, p. 492.
- ³⁷ Cfr. M. Bloch, en *AHES*, 1934, p. 291 y 1937, p. 109.
- ³⁸ "Nosotros no conocemos", dicen los directores, defendiéndose de la acusación de Henri Jassemín de ser "anticartistas"... (cfr. *AHES*, 1934, pp. 332-333; acerca de este episodio véase C. Fink, Marc Bloch: "A Life in History", Cambridge, 1939; cfr. asimismo AN, Correspondencia, carta de Bloch del 28 de abril de 1934)... "más que dos clases de libros, aquellos que son de utilidad para la historia tal y como la concebimos, con razón o sin ella, y los otros". Reconocería aquí el estilo de Febvre. En el mismo sentido, Bloch escribirá en 1937 (cfr. *AHES*, pp. 80-85), una apología del trabajo útil: las disciplinas históricas, dice "llevan una triste existencia amenazada y no salvarán su derecho a ser más que liberando sus producciones de todo peso muerto y de toda trampa. Basta de juegos, basta de gruesos volúmenes cuyas aportaciones se reducen cuando mucho a la sustancia de algunas fichas. La consigna es servir aunque fuese a la manera de una modesta herramienta, y cuando un libro no logra cumplir con ello, el futuro mismo de la investigación está en peligro".
- ³⁹ Sobre los archivos privados de los comerciantes y sobre los planos parcelarios, cfr. *AHES*, 1929, pp. 58 y ss.
- ⁴⁰ Cfr. M. Bloch, en *AHES*, 1929, p. 61.
- ⁴¹ Véase al prefacio de la nueva edición de los *Caractères originaux de l'histoire rurale française*, París, A. Colín, 1988, pp. 5-41. Del propio Toubert véase el artículo sobre historia agraria y los *Annales*, en *Auderni storici*, 1990, 2, pp. 487 y ss.
- ⁴² Cfr. O. Dumoulin, *Changer l'histoire. Marché universitaire et innovation intellectuelle à l'époque de Marc Bloch*, en H. Atsma-A. Burguiere (compilador), en *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales*, París, EHESS, 1990.
- ⁴³ Cfr. la carta de Febvre a Berr cit. en M. Bloch, *Ecrire La Société Féodale*, p. 75n: "Él [Bloch] ofrece presentarnos (y es el único capaz de hacerlo) un estudio de estructura social del que carecemos, es decir, algo muy original; nada de lo que nos daría un Calmette o un Huizinga. Muy original y muy útil (...)". Febvre pudo haberse excedido en su valoración para sostener al amigo frente a Berr, que en febrero de 1933 quería incluir en el marco de la Sociedad feudal incluso el arte románico.
- ⁴⁴ Sobre la conciencia vivísima en Bloch de una crisis de civilización, cfr. las cartas a Pirenne del 30 de agosto de 1934 (en Lyon, *The Birth*, p. 162) y sobre todo del 8 de enero de 1935 (*ib.*, p. 166): "Nos hallamos simplemente en uno de esos malos periodos de un ciclo hecho de altibajos, en una "fase B", como decía mi amigo Simiand, a la que necesariamente seguirá una fase A? o, por el contrario, ¿estamos en el umbral de una crisis de civilización? El historiador sólo profetiza el pasado. En todo caso, cuando bajo el mismo nombre de capitalismo nos referimos a la situación económica de Europa hacia 1860 y a su situación actual, mucho me temo que estaríamos como el entusiasta autor de la *Kaiserchronik*, que bajo Barbarroja, se creía aún en el imperio romano. Y tal vez incluso, cuando hablamos de Europa o de la civilización occidental..." El diálogo entre A. Loisy y A. Omodeo se desarrolla en el mismo fondo de crisis como he tratado de mostrarlo en "Tradizione storica e crisi della civiltà", que será publicado próximamente en la *Revista di Storia della Storiografia Moderna*.